

Ilustraciones | Ricardo Fernández

El tesoro del último dragón

Liliana Cinetto

82

SIGMAR



Liliana Cinetto



El tesoro del último dragón



Colección Telaraña
EDITORIAL SIGMAR

CAPÍTULO 1



Llegó un domingo a la mañana. Volando bajito. Acababa de empezar la primavera y las primeras flores tímidas ya coloreaban los jardines, las terrazas y los balcones de las casas de Boedo. Porque esto pasó nada más ni nada menos que en el mismísimo barrio de Boedo, barrio serio y tanguero donde, hasta ese momento, nunca pero nunca habían ocurrido cosas así de raras.

La cuestión es que sucedió ahí, justo en la calle Humberto I, casi llegando a Loria.

La primera en descubrirlo fue la vecina de mitad de cuadra. Había salido a tender la ropa a la terraza y, mientras le ponía un broche a la media número diecisiete, vio que el cielo se volvía pura oscuridad.

—¡Ja, tormenta! —protestó, y fue sacando los broches y recogiendo media por media, mientras refunfuñaba contra los del servicio meteorológico que siempre se equivocan y habían pronosticado cielo despejado y sol radiante.

Pero cuando le sacó el broche a la media número cinco, el perro comenzó a chumbar con el cogote estirado. Y enseguida se pusieron a chumbar los otros perros del barrio. Entonces, la vecina miró para arriba otra vez y lo vio.

Y ahí nomás empezó el griterío. Un griterío que despertó incluso a don Remigio, que estaba desde hacía años sordo como una tapia y usaba en la oreja, para escuchar mejor, una corneta de cuando en Boedo se festejaba el carnaval. Porque en Boedo siempre se había festejado el carnaval con comparsa, desfile y murga; hasta que un día dejó de festejarse. En Boedo y en todas partes, vaya uno a saber por qué.

Quien más, quien menos, todos se asomaron a las ventanas, a las terrazas o a los balcones. O salieron en pijama y pantuflas a la vereda con



el mate en la mano para averiguar la causa de semejante escándalo. Y hubo algunos que se desmayaron, otros que se asustaron y varios que salieron corriendo a esconderse debajo de la cama o adentro del ropero. Tampoco faltó aquel que fue a buscar la cámara de fotos para registrar el hecho. Pero todos todos todos se quedaron con la boca más abierta que no sé qué.

—¡Llamen a la policía, llamen a la policía, llamen a la policía! —gritaba la vecina de mitad de cuadra, todavía con la media número cinco en la mano.

Pero la maestra, que vivía al ladito, pensó que, más que a la policía, había que llamar a los bomberos, porque el que había aterrizado aquel domingo a la mañana, en pleno barrio de Boedo, justo en la calle Humberto I, casi llegando a Loria, fue nada más ni nada menos que un enorme dragón.

CAPÍTULO 2

Sí, un dragón. Con escamas verde azuladas, cola de serpiente y unas alas preciosas, según describió más tarde la modista, cuando le hicieron un reportaje para la televisión.

—Parecían de encaje, bordadas con lentejuelas —decía con un entusiasmo admirable para el caso, pero comprensible, porque ella era especialista en disfraces de carnaval (porque, en Boedo, siempre se había festejado el carnaval con comparsa, desfile y murga).

Es más: la modista había hecho una amplia variedad de disfraces alados que mostró en un álbum de fotos durante el reportaje. Algunos elegantes, como los de hada madrina, ángel de la guarda o mariposa multicolor, y otros menos glamorosos, pero igualmente creativos, como



los de mosca de verano o zángano de la colmena. Incluso había inventado un disfraz de helicóptero, muy original, que había ganado el segundo premio en el curso de 1968.

Al principio hubo algunas dudas acerca de qué clase de bicho era aquel. No faltó el despistado que lo confundió con un dinosaurio. Y tuvo que aguantarse los retos de la maestra.

—Pero si será burro...

—Burro no parece —dijo el despistado, que seguía sin entender.

—El burro es usted. Ese —señaló la maestra— es un dragón. Como el de los cuentos.

Ahora, qué hacía un dragón como el de los cuentos en medio de la calle Humberto I un domingo a la mañana fue cosa que ni la maestra pudo explicar. Para colmo, un dragón mansito que, salvo romper dos macetas con malvones durante la maniobra de aterri-

zaje por falta de espacio, no mostró signos de ferocidad. Si hasta los perros dejaron de chumbarle al rato, después de olisquearlo. Si ni siquiera le salía fuego por la boca. Por lo que los bomberos que llegaron enseguida aturdiendo a todos con sus sirenas (menos a don Remigio, que se había sacado la corneta de la oreja) no supieron bien si desenrollar o no las mangueras larguísimas que traían (porque después da un trabajo terrible volver a enrollarlas). Tampoco supo bien qué hacer la policía, que llegó detrás de los bomberos aturdiendo a todos con su sirena (incluso a don Remigio, que había vuelto a ponerse la corneta en la oreja). El comisario en persona decidió hacerse cargo del caso y se presentó con el uniforme recién planchado.

—Pídanle documentos, registro de conducir y seguro obligatorio, y me le labran un acta

ya mismo por obstrucción de circulación y escándalo en la vía pública –les recitó de un tirón a sus agentes, sin fijarse quién era el causante de semejante lío.

–No diga pavadas, hombre –le contestó la maestra, que lo había tenido de alumno en tercer grado y sabía lo que le había costado aprenderse la tabla del siete.

–Tiene razón, seño –se disculpó el comisario, un poco avergonzado por el reto de la maestra. Y, para hacer buena letra, les ordenó a sus hombres:

–Mejor me lo llevan derechito para la comisaría y lo encierran en el calabozo.

–Pero no ve que es un animal... –le gritó la maestra, sin que al comisario le quedara claro si se refería a él o al mamotreto de escamas verde azuladas que acababa de romper otras dos macetas mientras trataba de acomodarse



sobre los adoquines de la calle, enrollando la cola por acá, plegando las alas por allá y haciéndose un bollito como un perro que quiere echarse.

Hubo un momento de desconcierto en el barrio de Boedo; hasta que, luego de diversas y descabelladas opciones, primó la razón. Fue entonces cuando llamaron al director del zoológico.

CAPÍTULO 3



Tardó en llegar, claro, porque el director del zoológico no vivía en Boedo. Y porque cuando a uno lo despiertan un domingo a la mañana para decirle que hay un dragón suelto en Humberto I y Loria, uno tarda en reaccionar. Y eso que el director del zoológico estaba acostumbrado a ir a buscar animales de toda clase a los lugares más insólitos, como cuando lo habían mandado a las alcantarillas a buscar cocodrilos que alguien había tirado por el inodoro (lo cual era más cuento chino que un cuento chino).

Además, al director del zoológico le costó atravesar el tumulto de gente. Porque a los vecinos de Humberto I y Loria se les habían sumado los de San Juan, 24 de noviembre y

Oruro (que son muchísimos, porque allí hay monoblocks) y también los de las calles Carlos Calvo, Estados Unidos e, incluso, los de Virrey Liniers y Maza, sin contar los que vivían en la mismísima avenida Boedo, que era, justamente, donde siempre se había hecho el desfile durante el corso de carnaval (porque, en Boedo, siempre se había festejado el carnaval con comparsa, desfile y murga). Y aunque muchos vecinos solidarios ofrecieron sus balcones y terrazas como palcos y muchos otros habían sacado las sillas y las reposeras a la vereda (porque la cosa iba para largo y nadie quería perderse detalle), no había lugar en primera fila para todos, y la gente de pie se fue amontonando y amontonando.

Eso, sin contar el embotellamiento que había causado el dragón mal estacionado. Hay que aclarar, para los que no conocen la zona,

que Humberto I y Loria no suele tener demasiado tránsito, porque por allí no pasan colectivos. Pero entre los patrulleros de la policía, la autobomba, una ambulancia que había atendido a los desmayados y se quedó por las dudas, los cinco o seis autos que se habían detenido a curiosar, un camión con acoplado y un par de taxis que nunca faltan, la cola de vehículos llegaba no sé hasta dónde y el director del zoológico tuvo que caminar varias cuadras y empujar a medio mundo para que lo dejaran pasar.

Lo peor de todo es que, cuando al fin estuvo frente a frente con el dragón, él también se quedó con la boca más abierta que no sé qué. Solo pudo cerrarla un rato más tarde para exclamar:

—¡Es un dragón!

—Chocolate por la noticia —se burló el comisario, pero la maestra frunció el ceño y

él carraspeó para ponerse serio—. Eso ya lo sabíamos. Ahora, lléveselo.

—No puedo —contestó el director del zoológico.

—¿Cómo que no puede? —repitió el comisario, indignado—. Usted es el director del zoológico y eso es un animal.

—Sí, pero es un animal imaginario, y no sé a qué ecosistema pertenece ni qué cuidados requiere, ni cuál es su hábitat, ni qué lugar ocupa en la cadena alimentaria. Primero tengo que hacer estudios y averiguar en qué categoría clasificarlo —aseguró el director del zoológico.

—Le pone que es mamífero con alas, igual que el murciélago, y listo —dijo el comisario, y miró de reojo a la maestra para ver si la había impresionado con semejante demostración de conocimientos.

Pero la maestra estaba distraída dando un reportaje para la televisión que, de algún modo, se había enterado del hecho inaudito y había llegado con una camioneta para transmitir en vivo y en directo las imágenes del dragón que había aterrizado en pleno barrio de Boedo.

—Srta. Gertrudis Esculapia Gómez, maestra de primero inferior durante diecisiete años y, después, maestra de tercero hasta la fecha —le decía al periodista.

El comisario, fastidiado por la falta de atención de la maestra, continuaba la discusión con el director del zoológico.

—Yo soy un científico. No voy a poner en juego mi prestigio clasificando mal al primer dragón que se me cruza por el camino —protestaba el director del zoológico.

—Por eso mismo. Como está cruzado en el camino, más precisamente en la calle Hum-

berto I, me lo clasifica y se lo lleva –insistía el comisario–. Lo mete en una jaula o se lo lleva con una correa de perro. Lo que sea, pero me lo saca de acá.

–¿Es que no se da cuenta de que este puede ser el último ejemplar de una especie en vías de extinción? ¿No entiende que puede ser el último dragón?

En ese momento, como si hubiera escuchado que lo nombraban, el dragón abrió la boca un par de veces, lo que puso en alerta a los bomberos, que desenrollaron rápidamente sus larguísimas mangueras por si el dragón lanzaba temibles llamaradas. Sin embargo, el dragón no lanzó temibles llamaradas. Solo bostezó. Y sus bostezos parecían soles pequeños, diminutos, como globos de cumpleaños. Los chicos, de puro aburridos, empezaron a jugar con ellos, pese a las advertencias de las madres que gritaban:



—¡Cuidado, nene, a ver si te quemás!

Pero los soles no quemaban. Apenas entibiaban las manos o hacían cosquillas y trepaban hasta los balcones o se enredaban en las ramas de los árboles.

Los periodistas de la televisión comenzaron a entrevistar a la modista, porque ya había concluido el reportaje a la maestra, quien sonrió muy satisfecha por sus respuestas precisas y clarificadoras. Lamentablemente, la sonrisa no le duró demasiado. Porque después de echarle una ojeadita al dragón, se fue enojadísima a retar al comisario.

—Mire lo que hizo.

—¿Qué hice? —preguntó el otro, más desconcertado que el director del zoológico, quien seguía sin saber cómo clasificar al dragón.

—Dejó que se durmiera —le explicó la maestra señalando al dragón que, después de bos-

tezar y bostezar, había cerrado los ojos y dormía a pata suelta.

—¿Y qué problema hay? —dijo el comisario rascándose la cabeza—. Habrá madrugado. Seguro que es una siestita nomás.

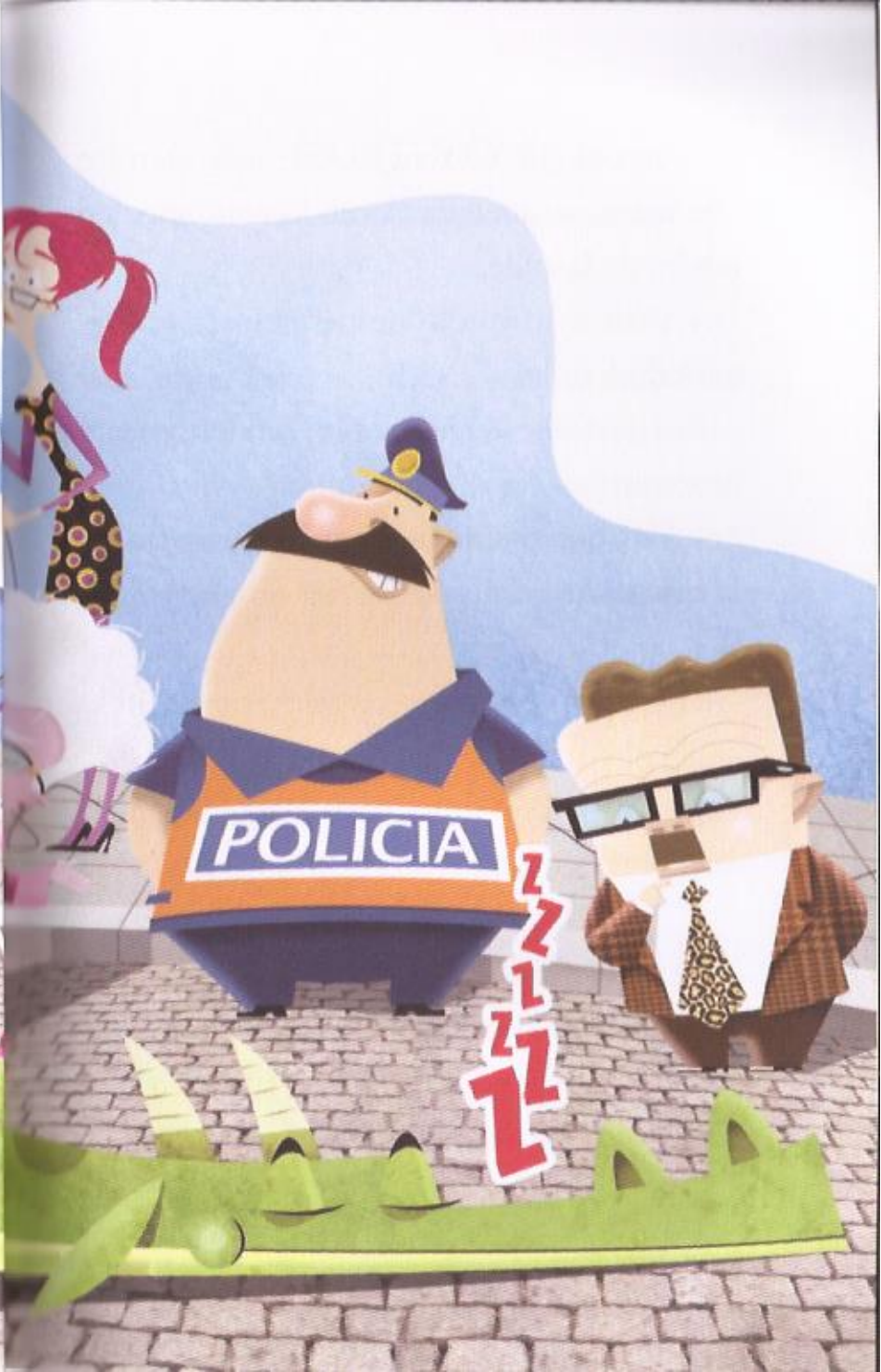
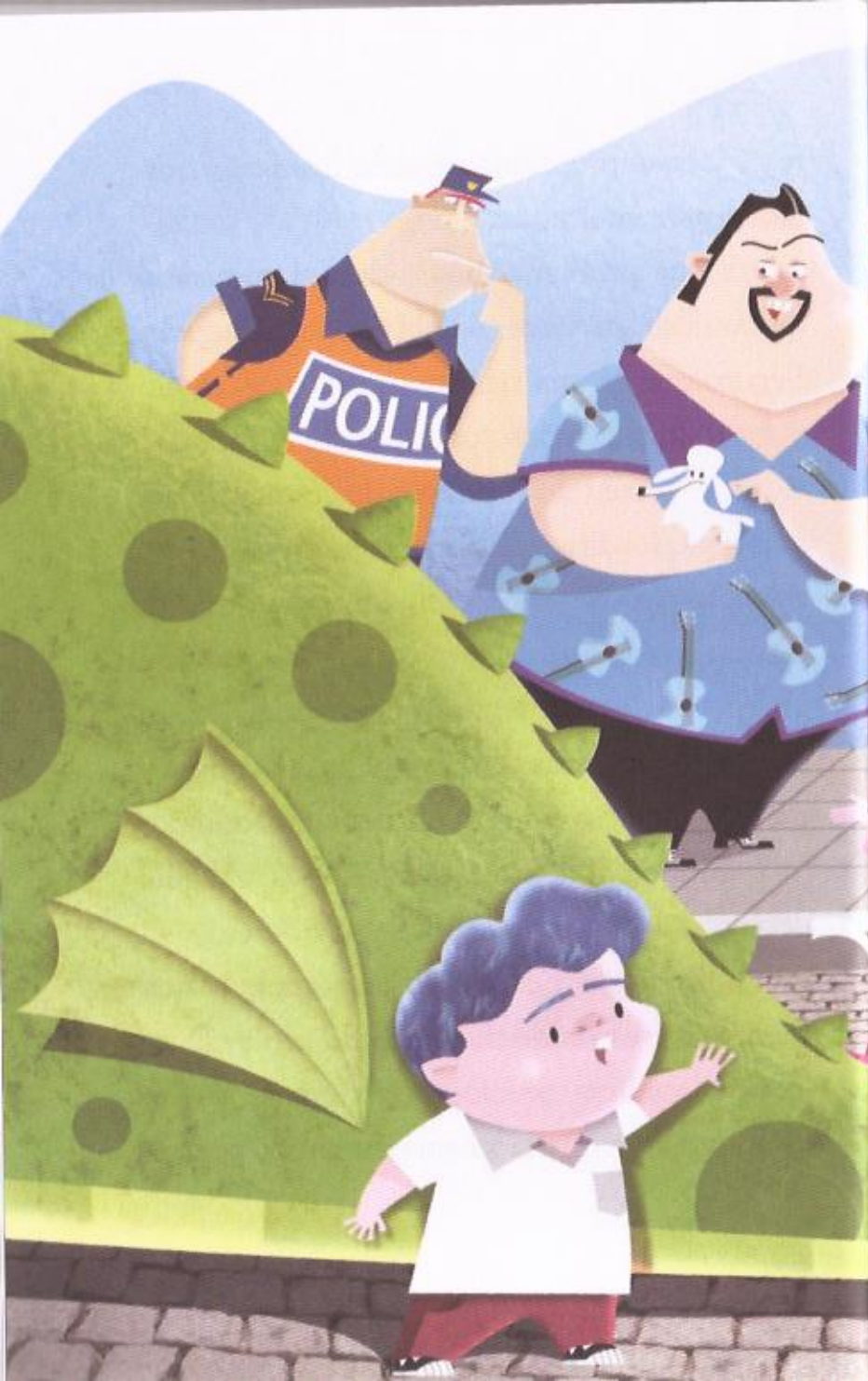
La maestra se puso colorada de la rabia.

—Pero ¿usted no lee libros de cuentos? Para que sepa, los dragones duermen cien años.

—¿Cien años? —repitió el comisario contando con los dedos.

—Sí, se duermen cien años arriba de un tesoro de monedas de oro y plata o de joyas y piedras preciosas que tienen que custodiar.

Y aunque todos estaban seguros de que, debajo del dragón, no había ni siquiera una monedita de cinco centavos —menos que menos un tesoro de monedas de oro y plata, joyas y piedras preciosas—, los vecinos de Humberto I y Loria se preocuparon, porque



no querían que un dragón, por más mansito que fuera, se quedara dormido cien años en medio de la calle.

—¿Y ahora cómo lo despertamos? —se preguntaban todos.

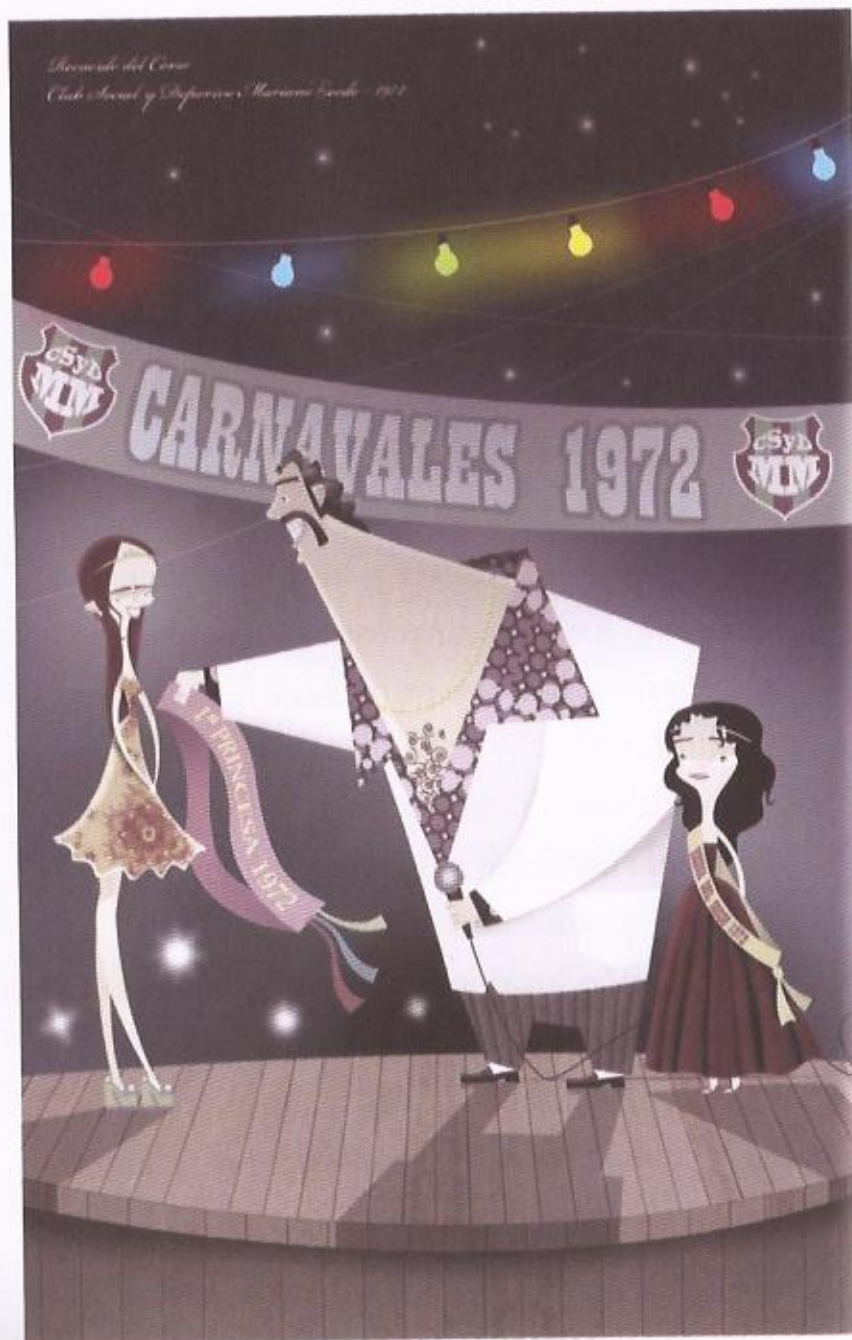
Fue cuando alguien tuvo la idea y gritó desde atrás:

—¡Hay que traerle una princesa para que se la coma!

CAPÍTULO 4

Princesas, lo que se dice princesas de verdad, en el barrio de Boedo nunca hubo. Lo que había eran princesas y reinas de carnaval. Pero como durante muchos años el carnaval no se festejó (ni en Boedo ni en ningún lado), la mayoría de las reinas y las princesas o se habían ido a vivir a otros barrios o, después de tanto tiempo, más que princesas o reinas parecían brujas. O ya se habían casado. Y la maestra dejó bien en claro que, según los cuentos, la princesa para el dragón tenía que ser doncella, es decir, solterita y sin apuro.

La cuestión fue que la única princesa más o menos respetable era la Pirucha, que había sido elegida primera princesa en el curso de 1972, cuando tenía diez años, pero parecía de



quince porque era de familia alta. Alta de estatura, no de clase social. Porque los padres de la Pirucha eran muy trabajadores, pero la plata no les sobraba, excepto cuando se hacían unos pesitos extra por atender, los días de carnaval, el puesto de venta de panchos y gaseosas del club social y deportivo Mariano Boedo. Ya en aquella época, la Pirucha tenía mal carácter y era medio varonera, de las que te llenaba el pelo de espuma y te estampaba en la espalda bombitas de agua con sal para que te dolieran más. Pero después de tantos años y de no haber conseguido novio, se había puesto más malhumorada que no sé qué.

Cuando la policía fue a tocarle el timbre para notificarle que debía presentarse de inmediato ante la autoridad, con el objeto de ser devorada por un dragón, los corrió a escobazo limpio. Tuvieron que sujetarla entre cuatro

bomberos y traerla en andas con la ayuda de los muchachos de la gomería, que tienen unos músculos bárbaros porque levantan pesas en el gimnasio. Así y todo, la Pirucha pataleaba como una loca y le hizo volar el casco a uno de los bomberos de una patada mayúscula. Solo se calmó cuando le dijeron que la necesitaban por haber sido primera princesa del carnaval de 1972. Y cuando la maestra les aclaró a todos que no era necesario que el dragón se la comiera. Bastaba con que se la llevara volando a la torre más alta de un castillo (o aunque más no fuera a la terraza del monoblock, porque en Boedo castillos tampoco hay) para que después la rescatara algún príncipe.

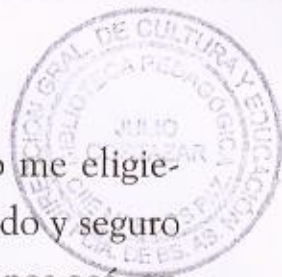
—Hubieran avisado que era por eso —se disculpó la Pirucha mientras se alisaba los pelos parados, para peinárselos un poco—. Así me daban tiempo para arreglarme. Me hubiera

puesto el vestido que usé cuando me eligieron princesa, que lo tengo guardado y seguro me queda, aunque me apriete apenas acá, en la cintura.

El comisario aceptó la sugerencia, no fuera a ser que al dragón no le gustara la única princesa que tenían a mano, y le dio permiso para ir a cambiarse a su casa.

La modista se ofreció inmediatamente para los arreglos que hicieran falta, sin cargo alguno. E incluso la peluquera de la vuelta se fue con ellas para hacerle un batido rápido o un brushing y para maquillarla.

Mientras esperaban, la verdulera les pidió a los bomberos, ya que estaban ahí con las mangueras desenrolladas, si no le podían hacer el favorcito de regarle las radichetas, las lechugas y los rabanitos que tenía plantados en el fondo. Y allá se fueron los bomberos a regar, mientras





los vecinos tomaban mate, los chicos pedían permiso para disfrazarse igual que la Pirucha, el director del zoológico intentaba clasificar al animal como reptil, anfibio o vayaunoasaberqué, y el dragón, hecho un bollo en medio de la calle, continuaba durmiendo la siesta de lo más tranquilo.

CAPÍTULO 5

Para cuando la Pirucha salió a la calle, dos horas y media más tarde, en Humberto I y Loria había ambiente de fiesta, igualito al que se respiraba en Boedo cuando se festejaba el carnaval. Los vecinos en veredas, balcones y terrazas estaban sentados charlando, tomando mate y comiendo medialunas o churros (porque, con tanto mate, les había dado como una languidez en el estómago). Medialunas o churros que el panadero, ante la ausencia de clientes en su negocio, salió a vender por la cuadra con una canasta enorme, que había sido de su papá y que la usaba, en las noches de carnaval, para vender paste-litos y tortas fritas e incluso pirulines.

No había chico que no estuviera disfrazado,

porque las madres, con tal de no escucharlos protestar más, habían revuelto los roperos para sacar los viejos disfraces de cuando los grandes eran chicos y en Boedo se festejaba el carnaval. O habían improvisado disfraces con lo que encontraron a mano, porque no estaba la modista para hacerles un encargo de último momento. Así que, por Humberto I y Loria, estaban correteando desde el Hombre araña, La sirenita y Batman hasta el payaso Plin Plin, Cleopatra y Papá Noel, además de piratas, monstruos, marineros, brujas con escoba, vampiros, angelitos, fantasmas, bailarinas clásicas con tutú y odalis-cas. Eso sin contar las damas antiguas con peinetón y miriñaque y los paisanos y paisanas que habían bailado el pericón, la zamba y el minuet en el último acto escolar del 25 de Mayo y del 9 de Julio.



Como la hora iba pasando, el carnicero decidió encender un fueguito y tirar en la parrilla unos cuantos chorizos para el mediodía. Y empezó a preparar el chimichurri y a partir panes al medio para los choripanes.

El del kiosco revolvió en el depósito y rescató pomos, cachiporras, aerosoles de espuma, bolsas de papel picado y bombitas de agua que le habían quedado de cuando en Boedo se festejaba el carnaval (porque en Boedo siempre se había festejado el carnaval con comparsa, desfile y murga). En cuanto los chicos se enteraron, hicieron cola para comprar; y después de llenar las bombitas en las canillas, las pusieron en un balde con agua para que no se les reventaran, hasta que sus padres les dieran permiso para tirarlas.

La maestra, considerando la falta de conocimientos que habían demostrado casi todos,

especialmente su ex alumno, el comisario, fue de una escapadita al colegio y trajo varios libros de cuentos con dragones que leyó en voz alta, rodeada de grandes y chicos.

Incluso don Remigio sacó del cuartito de los cachivaches el viejo fonógrafo y los discos de pasta con la música que solía escucharse en las noches de carnaval, cuando él no tenía que usar una corneta en la oreja. Y en Humberto I y Loria volvió a resonar una música antigua y añorada, un poco descascarada, eso sí, pero que a todos les recordaba no solo la época de cuando en Boedo se festejaba el carnaval, sino aquellos tiempos en que todos los vecinos del barrio se conocían y salían con la silla a la vereda a tomar mate y a charlar, mientras los chicos jugaban o andaban en bicicleta.

Cuando la Pirucha volvió, lucía su hermoso vestido de princesa (al que hubo que agre-



garle veinte centímetros de cada costado para que le cerrara), con el ruedo lleno de tules y puntillas. La peluquera le había peinado el cabello y le caía en unas ondas preciosas. Hasta la coronita traía, sujeta con clips. Tan linda estaba, que algunos de los vecinos ni siquiera la reconocieron, y los muchachos de la gomería le dijeron un par de piropos (de los lindos, no de los guarangos). Ella iba sonriente y saludando a un lado y a otro con la mano, como aquella noche del carnaval de 1972, cuando la habían elegido primera princesa y había desfilado en la carroza. Así, entre aplausos y silbidos de aprobación, la Pirucha llegó hasta las propias narices del dragón, que seguía dormido.

Los del canal de televisión, instalados en la esquina, habían estado transmitiendo en vivo y en directo imágenes del dragón durmiendo

la siesta en pleno barrio de Boedo. Para amenizar la transmisión (que era algo monótona, porque, salvo algún que otro ronquido, no había ninguna novedad), los periodistas habían continuado con las entrevistas y pensaban organizar un desfile de disfraces entre los chicos. Pero la llegada de la Pirucha acaparó todas las miradas, y las cámaras la siguieron atentamente para ver qué ocurría cuando el dragón la descubriera.

Se hizo un silencio... que solo era interrumpido por el ruido que hacía la gente mientras masticaba las medialunas y los churros. Porque ni don Remigio quiso poner otro disco en un momento tan crucial.

La Pirucha hizo un par de reverencias, muy elegantes, delante de la bestia, aunque el dragón no abrió ni siquiera un ojo.

—A lo mejor tiene que decir alguna palabra

mágica, como «Abracadabra pata de cabra» o «Ábrete, Sésamo» –sugirió el comisario, que había estado escuchando a escondidas los cuentos de la maestra para no pasar vergüenza otra vez.

Pero se calló la boca porque la maestra lo fulminó con la mirada.

La Pirucha se acomodó la coronita que se le había torcido e improvisó más reverencias. Nada. Excepto por los ronquidos, el dragón no hizo ningún movimiento ni dio señales de despertarse. Después de no sé cuántos minutos y un sinnúmero de reverencias, el dragón seguía durmiendo. Y así habría continuado la cosa, si no hubiera pasado lo que pasó.



CAPÍTULO 6

La Pirucha no sería princesa de sangre real, pero era una legítima primera princesa de carnaval. Por eso, se ofendió muchísimo ante la falta de interés del dragón que ni siquiera había tenido la delicadeza de despertarse después de sus reverencias. No es que estuviera dispuesta a ser devorada. Pero se había ilusionado con que la bestia se la llevaría volando hasta la torre más alta de un castillo o a la terraza del monoblock para que la rescatara un príncipe o, aunque más no fuera, un bombero o uno de los muchachos de la gomería. No quiso llorar para que no se le corriera el maquillaje, pero no estaba dispuesta a sufrir semejante humillación frente a todo el barrio. Rabiosa, se arrancó la coronita y se dio media vuelta para regresar a su



casa. Entonces, el vestido de princesa, con el ruedo lleno de tules y puntillas, le rozó varias veces el hocico al dragón. Y seguramente le habrá hecho cosquillas. La cuestión es que el dragón estornudó. Y al estornudar no solo se despertó, sino que además le salieron un par de llamas de la bocota. Tampoco fueron unas llamaradas impresionantes, qué va. Más bien fueron hilachas de fuegos temblorosos, como fuegos artificiales que estallaron en el cielo y provocaron una lluvia de chispas de colores. Eso sí: al caer, las chispas encendieron el copete de algunos árboles altos y le chamuscaron un poco el dobladillo del vestido a la Pirucha. Y como el fuego es fuego, aunque sea un fuego tembloroso, de inmediato actuaron los bomberos que habían estado regando las radichetas, las lechugas, los rabanitos, la mayoría de los jardines y también las macetas con malvones que el dra-

gón no había roto. Apuntaron las mangueras hacia el hocico del dragón y a los fuegos que ardían en el copete de los árboles y que crecían y se alargaban como si se rieran. Pero tanto regar radicheta, tanto regar lechuga, tanto regar rabanito, tanto regar jardines y macetas con malvones, a los bomberos les quedaba poca agua en la autobomba. Así que, en lugar de salir chorros potentes y serios, capaces de extinguir incendios peligrosos, solo salieron chorros como los de los pomos de agua que se usaban en Boedo cuando se festejaba el carnaval (porque en Boedo siempre se había festejado el carnaval no solo con comparsa, desfile y murga, sino también con agua).

A la primera que mojaron fue a la Pirucha, que ya se había puesto de un mal humor de perros por el desprecio del dragón. No tardó ni un segundo en manotearle del balde a uno de

los chicos una bombita de agua bien gorda y estampársela en medio de la cara al director del zoológico, lo que demostraba que había perdido la puntería, porque ella quería mojar al jefe de los bomberos. Y ahí nomás empezó la guerra de agua. Porque los chicos que habían estado esperando que les dieran permiso «porfi porfi porfi» para jugar al carnaval, creyeron que al fin podían empezar. Baldazo de acá, bombita de allá, de vereda a vereda, de esquina a esquina, quien más quien menos, todos se pusieron a jugar. Y el que no tenía bombitas o baldes tiraba espuma o papel picado, mientras don Remigio colocaba, en su viejo fonógrafo, otro disco de pasta, y llenaba de música aquel domingo en el barrio de Boedo.

Los del canal de televisión transmitieron, en vivo y en directo, las imágenes impactantes de los vecinos del barrio de Boedo que

«debido a causas todavía desconocidas, en un ataque de súbita nostalgia, habían rescatado del olvido las antiguas costumbres y tradiciones del barrio en el que siempre se había festejado el carnaval con comparsa, desfile y murga», según relataba el locutor, mientras esquivaba baldazos y bombitas para que no le mojaran el micrófono. Es que, al rato, ya nadie se acordaba del dragón, y todos jugaban y se reían e, incluso, bailaban al ritmo de la música de don Remigio. Hasta el director del zoológico, dejando de lado la importancia de la clasificación, lamentaba no vivir en Humberto I y Loria, o en algún otro rinconcito del barrio de Boedo, porque, en el de él, la gente no se conocía ni se saludaba, ni tomaba mate, ni sacaba la reposera a la vereda, ni compraba choripanes, ni se divertía de esa manera.

Y así estaban en Humberto I y Loria, divirtiéndose de lo lindo, cuando ocurrió lo que ocurrió.

CAPÍTULO 7

El dragón se desperezó, porque, como no había dormido cien años, seguramente seguía teniendo sueño. Y, al desperezarse, estiró las alas preciosas que tenía y que parecían de encaje, bordadas con lentejuelas, como había dicho la modista. Y esta vez rompió cuatro macetas más, lo cual no alarmó a nadie, claro. Pero, después de desperezarse, el dragón miró para un lado, miró para el otro, miró para arriba y miró para abajo; y algunos dicen que incluso sonrió, hecho que fue desmentido categóricamente por el director del zoológico quien, a pesar de no haber podido clasificar a la bestia, afirmó que los animales no sonríen, por más que sean animales imaginarios. Lo cierto es que aquel dragón que había aterrizado



aquella mañana de domingo en Humberto I y Loria, ese dragón que bien podía ser el último de su especie, después de desperezarse, agitó un poquito sus alas, no demasiado, lo suficiente como para remontar un vuelo lento, lento, lento, lento. Y aunque uno de los muchachos de la gomería la abrazó en ese momento a la Pirucha, por las dudas, para que el dragón no se la llevara a la torre más alta de un castillo o a la terraza del monoblock, el dragón solo se elevó por el aire, como un enorme barrilete verde azulado. Y después de hacer un par de piruetas, bastante parecidas a las reverencias de la Pirucha, el dragón partió, dejando a su paso una estela de soles pequeñísimos que se enredaron con las gotas de agua y dibujaron en el cielo un arco iris inesperado.

Cuentan en el barrio de Boedo que, en ese momento, por unos instantes, la fiesta se detu-

vo. Cuentan también que, al ver partir al dragón, algunos lo despidieron agitando la mano (o una media todavía con el broche puesto) y otros, en cambio, lagrimearon un poco. No mucho, porque en cuanto el dragón atravesó el horizonte de techos y azoteas y no fue más que un recuerdo tibio, la fiesta se reanudó. Y duró hasta bien entrada la noche, aunque la maestra insistía en que, al otro día, había escuela y esos chicos no tenían que acostarse tarde. Pero dejó de insistir al rato nomás, cuando el comisario vino a pedirle que fuera buena y les leyera más cuentos de dragones.

Y mientras unos escuchaban sus historias, otros bailaban con la música de don Remigio (entre ellos, la Pirucha y el muchacho de la gomería que la había rescatado).

También se organizó el concurso de disfraces entre los chicos, porque ya se habían aca-

bado las provisiones de bombitas de agua, de espuma y papel picado, y de algún modo había que entretenerlos.

Y claro, la Pirucha fue elegida reina de aquel carnaval que no estaba en ningún calendario, por el voto unánime del jurado que integraron la modista, el jefe de bomberos y don Remigio. Y todos en el barrio se comprometieron a hacer las gestiones para que las autoridades permitieran volver a festejar el carnaval en Boedo, como se hacía antes, con comparsa, desfile y murga. En la fecha correspondiente, por supuesto.

Lo cierto es que, desde entonces, el carnaval regresó a Boedo y a todos los barrios, como si las chispas de aquel fuego alegre del dragón, que encendió la mirada de la gente, lo hubieran rescatado del olvido.

El director del zoológico no se equivocó:

aquel fue, en verdad, el último dragón que se vio por Boedo. Nadie supo explicar por qué había llegado aquella mañana de domingo volando bajito, ni por qué aterrizó justo en Humberto I, casi llegando a Loria. Quizás, como dijo la maestra, porque allí había un tesoro que debía ser custodiado. Un tesoro mucho máspreciado que el de monedas de oro y plata o el de joyas y piedras preciosas que los dragones suelen custodiar en los cuentos, durmiendo un sueño de cien años. Un tesoro más simple que solo aquel último dragón fue capaz de vislumbrar.

Índice



Capítulo 1	3
Capítulo 2	7
Capítulo 3	15
Capítulo 4	27
Capítulo 5	35
Capítulo 6	47
Capítulo 7	55

**MUY**
LECTOR

Un domingo por la mañana, el último dragón detiene su vuelo en una esquina de Buenos Aires. Los vecinos del barrio se reúnen a su alrededor para enfrentar, con original sentido del humor, las desopilantes situaciones que los llevarán a preguntarse: ¿qué fue a hacer allí el último dragón?

Liliana Cinetto nació en Buenos Aires. Es profesora de enseñanza primaria y de literatura, escritora y narradora. Ha publicado más de cincuenta libros para niños. Su obra es reconocida en toda América Latina y ha sido traducida al portugués, catalán e italiano. *El tesoro del último dragón* obtuvo el **Segundo Premio Sigmar** de Literatura Infantil y Juvenil, año 2009.

ISBN 978-950-11-2586-3



9 789501 125863

Colección Telaraña



9 789501 181180



800